

Imparcial
14-XII-77

La oligarquía representativa

A punto de cumplirse los seis meses desde la celebración de las elecciones legislativas, vale la pena analizar sus consecuencias en orden a la iniciación del proceso de consolidación de la democracia.

CREO que el análisis debe hacerse con gran espíritu comprensivo, ya que el paso del autocratismo a la democracia se hizo cuando los instrumentos básicos de la democracia representativa —los partidos políticos— se resentían de los males incurribles a corto plazo de una larga existencia clandestina.

LOS partidos con más larga y combativa tradición de clandestinidad, sobre todo en lo que convencionalmente se llama la izquierda, pudieron luchar en condiciones bastante favorables y lograron llevar a las Cámaras de nueva elección un número lúcido de representantes. Tal vez el elenco de hombres preparados para asumir una tarea de gobierno no estuviera en la misma proporción.

EN la derecha y extrema derecha el fenómeno se presentó con características parecidas, aunque los resultados numéricos fueron claramente desfavorables.

EN la que pudiera denominarse zona centro, la desorientación y falta de coordinación de los grupos que podían ostentar de pleno derecho esa calificación, dejó un vacío que vinieron a llenar formaciones políticas poco más que uninominales, con programas divergentes y en cierto modo inconciliables, coaligadas para obtener los beneficios del apoyo del poder, las presiones descaradas de los restos del franquismo en los medios rurales y el ansia de amplias

zonas de la opinión española de evitar, en la medida de lo posible, los enfrentamientos violentos.

EL resultado ha sido un Parlamento de novicios de la democracia, cuyo núcleo fundamental es una coalición electoral que se esfuerza desesperadamente por constituirse en partido unitario; y un partido histórico clasista alarmado por los factores de disociación que introduciría en su seno cualquier intento de participación en las tareas de gobierno.

LA Unión de Centro Democrático no puede gobernar sola porque le falta cohesión interna, disciplina sólida y jefatura con una autoridad forjada en el yunque de las contiendas parlamentarias y no de las conversaciones y negociaciones de pasillo. Esa debilidad le impide contar con colaboraciones de otros grupos, que tampoco tienen solidez bastante para afrontar las dificultades que a diario plantean las coaliciones de gobierno.

EL Partido Socialista, más minoritario que el Centro en el Parlamento, tiene grandes dudas en cuanto a la fidelidad de la base obrera a la hora de exigir los sacrificios que todo Gobierno tiene necesariamente que imponer en la difícil coyuntura presente.

NINGUNO de los dos partidos minoritarios más fuertes está, hoy por hoy, en condiciones de gobernar, ni solos, ni a través de una alianza coyuntural. El primero, no puede. El segundo, ni puede ni quiere.

EL resultado inevitable ha sido el Pacto de la Moncloa, objeto de tan encendidos y excesivos elogios, al que sinceramente deseo desde el retiro de mi

observatorio toda clase de éxitos, pues no tiene fácil sucedáneo, pero que por su verdadera naturaleza —el convenio de la impotencia y el miedo— está llamado a falsear la democracia.

HA comenzado por superar al poder ejecutivo, al que impone acuerdos vinculantes, con cláusulas secretas o sin ellas. Está reduciendo a un órgano inoperante al Parlamento, que no se atreve a hablar y que debería ser instrumento de vigorización y actualización de la democracia por el choque fecundo de las ideas. Extiende la práctica —viciosa cuando no está plenamente justificada— de legislar por decretos-leyes, y acabará por ser, en caso de conflictos agudos, el intérprete de las normas que impone a un gobierno que monopoliza los cargos, procurando endosar, sin conseguirlo eficazmente, una parte de las responsabilidades de gestión que le imponen los oligarcas reunidos en la Moncloa.

PORQUE lo que de verdad estamos ensayando es algo ciertamente original, pero peligroso, como todos los intentos de originalidad en el campo político: la que podríamos llamar la oligarquía representativa de los jefes de partidos, cuyo foro son las tertulias de la Moncloa.

JOSE
MARIA
GIL
ROBLES



Mañana: «¿Qué es una democracia moderna?», de Rafael Arias-Salgado.